

la comprobacion de esta opinion mia.

El sabio literato don Juan Antonio Llorente, escribió en Francia un curioso libro para probar demostrativamente á los franceses, que esta historia era obra de un ingenio español, y no de un francés como ellos pretendian. En efecto, logró lo que intentaba, porque no han podido rebatir aquellos sábios las razones y argumentos aducidos por dicho señor Llorente. Este literato escudriñó cuanto le ha sido posible para averiguar el autor español de la obra de Gil Blas de Santillana, pero no se atreve á fijarse en ninguno, y solamente la quiere atribuir á un bachiller de Salamanca. En el capítulo citado libro 7.º se declara que don Luis de Góngora era un bachiller, aunque no descubre la universidad que le confirió aquel grado.

Habiendo reconocido el sobrino de doña Casilda Perez la farsa de su alcurnia y antigua nobleza por los Santillanas, en vista de la relacion del señor Florez Estrada, resolvió frecuentar su trato durante su permanencia en Oviedo, para aprender de este sábio asturiano algunas lecciones útiles para la carrera del mundo que iba á recorrer: pero considerando ya demasiado larga esta primera sesion se despidió cortesmente de dicho señor y partió para su alojamiento.

CAPÍTULO III.

Curiosa sesion de Gil Blas con el señor Florez Estrada sobre la declaracion de guerra al emperador Napoleon.—Fogosidad y entusiasmo de los Asturianos en esta terrible lucha.—Desordenada organizacion de los primeros regimientos militares.—Horroroso patibulo del conde del Pinar y sus compañeros —Salvacion casi milagrosa de estas victimas.

Al entrar en su habitacion se halló con un hombre que le estaba esperando en ella, el cual le saludó pidiéndole una carta que traia para él. Gil Blas, que no habia recibido carta alguna, sino la que ya habia entregado al señor Florez Estrada, le dice:—Vd. precisamente viene equivocado, porque yo no conservo en mi poder ninguna carta para nadie.—Saque Vd. su cartera, dijo el buen hombre, y veremos si en ella viene una para mí. En efecto entre otros papeles insignificantes se halló un sobreescrito que decia: *Al señor don Rodrigo Antonio Alvarez, del comercio de Oviedo*—Servidor de Vd. dijo entonces este honrado comerciante, y añadió:—Por el correo de hoy recibo carta de As-

torga encargándome entregue á Vd. cuanto dinero necesite en esta ciudad, y que al partir de ella le facilite letra abierta para donde Vd. vaya. Me dicen además que en su cartera, sin saberlo Vd., han puesto otra carta para mí, y esta es la que Vd. me acaba de entregar. En vista de ella no puedo menos de ofrecerle á Vd. mi casa en la cual estará Vd. con alguna mayor comodidad.—Con mayor comodidad bien podrá ser, dijo Gil Blas, pero con mayor libertad lo dudo, por cuya razón doy á Vd. las más debidas gracias: y en orden á dinero me veré con Vd. cuando lo necesite.

Se quedó pues en su alojamiento el señor Santillana, y determinó reconocer la ciudad y sus principales edificios. Admiró la arquitectura de aquella hermosa catedral, en cuyo panteón le dijeron que estaban enterrados catorce reyes y reinas. Examinó los tres conventos de frailes, que allí había, uno de benedictinos, otro de dominicos y otro de franciscos. Vió el exterior de otros tres de monjas que hay en aquella ciudad, y reconoció el grande Hospicio que está á muy corta distancia de la población. Admiró sobre todo un singular puente de cuarenta y uno ojos de sillería inmediato á este edificio, por sobre cuyos ojos se conduce el agua necesaria para la ciudad. El conjunto de esta pobla-

ción le pareció muy agradable, por lo cual resolvió permanecer allí por algún tiempo.

Paseándose un día por los claustros de aquella universidad se acercaron á él algunos estudiantes, que le reconocieron por compañero suyo. Luego que supieron de él que había cursado en las cátedras de Salamanca, le preguntaron sino habían abandonado los estudios todos los escolares salamanquinos, como ellos lo habían hecho ya, cambiando las letras por las armas. Entonces les preguntó Gil Blas por qué habían hecho un cambio tan disparatado emprendiendo una carrera tan opuesta á la de las universidades. Todos á una voz le respondieron que lo habían hecho para singularizarse, no solamente en la Europa, sino en el mundo entero, porque pensaban hacer lo que ninguno había hecho hasta entonces. Habiéndose admirado Gil Blas de esta arrogancia, tomó la palabra por sus compañeros uno de los más espadachines, y le dijo:—Sí amigo, nosotros vamos á ser dentro de poco coroneles, brigadieres, mariscales y generales, decididos todos á concluir con el más valiente general que han conocido los siglos, con el que ha destronado tantos reyes; con el que ha vencido nada menos que al sucesor de los Apóstoles; en una palabra, con el emperador de los franceses y rey de Italia. Sí amigo, nosotros

que al presente no tenemos otras armas que el incomprendible Goudin, el inexplicable Arnould, el confuso Caballero, las vetustas Pandectas y la intrincada Summa de Santo Tomas, hemos de hacer prodigios tales de valor, que hemos de asombrar el mundo. El primer paso, el mas audaz y el mas atrevido ya está dado. Lea Vd. esa incomparable proclama del procurador de este principado el señor don Alvaro Florez Estrada, y luego nos dirá Vd. si ha habido otra mas atrevida, ni mas esplicita, ni mas anticipada, ni mas declaratoria de una cruda guerra contra ese invencible Napoleon, contra ese coloso inespugnable contra ese incomparable guerrero y conquistador universal. Pues ha de saber Vd. que ya hemos jurado no dejar las armas de la mano hasta acabar con él, desterrándole de nuestro continente para no volver á pisarle jamás. Cuando él llegue á leer ese inimitable documento cogerá el mapa y le costará algun trabajo hallar en él el despreciable rincón que se atrevió el primero á declararle la guerra. Resolverá tal vez allá en su interior sembrarle de sal para que desaparezcan para siempre de su suelo todos sus habitantes, de forma que ni las plantas ni las yerbas de los campos puedan vegetar en él; pero hemos jurado su muerte, y nuestros juramentos se han de cumplir.

Aterrado Gil Blas con esta sanfarronada escolástica, les dijo:--Ello bien podrá suceder lo que Vds. presagian, porque todo es posible en la carrera de los sucesos, pero muchos han de ir á celebrar esa victoria á la eternidad antes de conseguirlo.--Eso es lo que menos nos importa, le contestaron todos á la vez: la muerte del guerrero es la mas gloriosa de las muertes. Todos hemos nacido para morir. Cuando se trata de vencer al enemigo, se desprecia la vida. Esta es la que vamos á jugar muy alegremente. Si ya perdemos alcanzaremos una gloria que nos inmortalizara: Si vivimos, podremos llegar á ser generales, y mandar ejércitos, como el mismo emperador contra el cual nos hemos declarado. Lo cierto es que no hemos de dejar las armas de la mano hasta vencerle, y obligarle á restituírnos á nuestro adorado Fernando, el cual nos tiene allá aprisionado por la mas infame traicion.

--Oh! dijo Gil Blas: como Vds. consigan sacarle de su cautiverio, muy reconocido debe estar, y no habrá premios ni recompensas que no prodigue á sus libertadores, á los cuales ya no llamará vasallos, sino súbditos, porque esto de vasallaje me parece que es algo denigrativo. --Toma! dijeron los escolásticos; esto ya lo estamos arreglando nosotros con anticipacion

para cuando venga. Así como nosotros hemos jurado vencer ó morir por él, del mismo modo tendrá él que jurar cierto código que le estamos preparando, y muchas gracias que debemos porque no buscamos otro que haga de jefe principal del Estado. Por este código es verdad que no será un rey absoluto como lo han sido todos sus abuelos, pero será un rey constitucional, que es lo que mas le agrada, porque estos son los mejores reyes del mundo. Cuando estos se presentan á abrir y cerrar unas Cortes, que les han de decir lo que han de hacer, tienen á mucho honor el desempeñar el oficio de criados de aquellos de quienes eran antes ellos los amos. Suelen ser estos á veces unos cuatrocientos ó quinientos para un solo criado, y esto es lo que mas les honra, porque un criado para un amo solo donde quiera se halla, pero un criado que pueda servir á seiscientos ó á setecientos amos á la vez, no puede hallarse sino en un rey constitucional.

—Luego Vds., repuso Gil Blas, han acometido dos empresas á un tiempo las mas formidables, á saber: La una nada menos que vencer al vencedor casi universal, y la otra abolir el gobierno monárquico, que por tantos siglos ha regido la España. En verdad que se necesita valor para llevarlas á cabo.—Pues ahí verá Vd.

como dijo el otro. Aquí no somos para menos, y todo lo hemos de conseguir. Bien podrá ser, contestó Gil Blas: en toda empresa hay sus ganancias y sus pérdidas, y yo no me atreveré á decir cuáles serán mayores aquí. Entre Napoleon y Fernando alguna diferencia debe haber, pero no dudo que Vds. habrán elegido lo mejor. Entre un gobierno absoluto y un gobierno constitucional tambien debe haber alguna diferencia: tampoco dudo que Vds. habrán sabido adoptar el mas conveniente. Es verdad que todo esto lo ha de demostrar la esperiencia, pero el toque está en conocerlo antes que la esperiencia lo manifieste.

—Muy atrasados se hallan, al parecer, dijeron los escolásticos, los cursantes de la universidad de Salamanca donde Vd. ha estudiado. —No lo crean Vds., dijo Gil Blas, porque tambien allí los hay que no se quedan atrás de cuanto aquí se trata; pero yo he observado en mi corto viaje desde Castilla ciertas señales, que no me presagian el mejor resultado. Para esta clase de empresas me parece á mí que es necesaria la mayor union y armonía entre todos los empresarios, y he notado en mi corto viaje que no todos están acordes entre sí, especialmente en la nueva forma de gobierno que se intenta. Ah! Ya conocemos esa familia, le dijeron; pero sino

entran en nuestros planes con buena voluntad, ya los haremos entrar á la fuerza. — Entonces, repuso Gil Blas, habrá dos guerras, la una con los de afuera, y la otra con los de adentro, que no será la menos temible.

No quiso Gil Blas continuar por mas tiempo esta sesion, y se despidió de los estudiantes con toda cortesanía. Tomó la direccíon del campo de san Francisco, y antes de llegar allí oyó una gritaría universal, que hacia estremecer los aires, diciendo todos á una voz: *Viva Fernando VII! muera Napoleon.* Se fue aproximando hácia el sitio donde este ruido sonaba, y vió casi todo el campo lleno de paisanos armados de palos y chuzos, los unos descalzos, los otros medio desnudos, y algunos con mejor ropaje, pero en mangas de camisa. Otros habia tambien regularmente vestidos al estilo del pais. A unos y otros preguntaba un hijo de la ciudad, ¿Quién quiere ser cabo? ¿Quién quiere ser sargento segundo? Yo no quiero ser sino sargento primero, decia uno. Yo quiero ser cabo tercero, decia otro. Escandalizado Gil Blas de este desorden y desconcierto, decia para consigo. Dios mío! ¿Ha de ser posible que de esta confusion, y de esta gente desordenada se han de formar ejércitos capaces de batirse con los ejércitos que han conquistado la Italia, la Alemania, la

Prusia y casi toda la Europa? Pues si esto puede ser, tambien es preciso confesar que todo es posible en este mundo.

No despreciaba Gil Blas nada de cuanto veia y observaba, y de esta manera fue formando poco á poco su razon, de forma que llegó á ser con el tiempo un hombre meditabundo y pensador. De lo poco que habia visto hasta entonces, comenzaba ya á sospechar, que la mayor parte de los hombres no estaban en su sano juicio, en vista de las locuras que se dejaban hacer y decir, pero aun no se afirmaba por completo en esta opinion, hasta ver mas mundo y tener mas experiencia. Estos asturianos, decia para consigo, tienen mucha imaginacion y entusiasmo, pero no puedo afirmar aun si son del todo cuerdos.

Como los estudiantes de aquella universidad se habian sublevado los primeros en España contra los franceses, habian estos enviado para calmar esta sublevacion al condé del Pinar, al doctor don Juan Martinez Valdés, á un militar frances, y á un tal Lallave que mandaba en la provincia de Santander. La efervescencia asturiana se habia declarado tan fuertemente contra estos cuatro pacificadores, que no hubo remedio, para evitar un arriesgado tumulto, sino el de arrestarlos en la fortaleza de aquella ciudad. Tal era el entusiasmo general contra todos los

ejércitos de Napoleon que ocupaban la península, muy capaces por sí solos de reducir á cenizas todo el principado de Asturias; pero estos naturales, sin contar por entonces con el auxilio de ninguna otra provincia, se creyeron bastantes y suficientes para aterrar la Europa entera, que ya habia sucumbido casi toda al irresistible poder del emperador Napoleon. Continuaron por algunos dias arrestados en la fortaleza los cuatro anunciados pacificadores: pero habiéndose esparcido la voz de que se trataba de salvarles la vida embarcándoles en Gijon, esto fue lo bastante para otra sublevacion dirigida á fusilarlos en el campo de san Francisco. Pasaba Gil Blas por la calle de este nombre cuando vió venir á los cuatro metidos entre bayonetas en medio de un tumulto y de una horrisona gritería diciendo todos á una voz *mueran esos traidores*. En efecto los condujeron al sobre dicho campo, y cuando iban ya á ser fusilados al pie de aquellos árboles, pidieron confesores para morir como cristianos. No podia negarles este auxilio la religion asturiana, y vinieron efectivamente cuatro religiosos que les administraron el sacramento de la penitencia al pie de aquel horroso patíbulo.

Ocurrió en este intermedio al señor don Manuel Miranda, hermano de la señora mar-

quesa viuda de Santa Cruz, hacer salir de la catedral á su divina Magestad, y lo mismo fué llegar el divino Señor al frente de aquella turba frenética, que gritaron todos á una voz: *El Señor les ha salvado: Su divina Magestad les ha perdonado*: y todos hasta entonces tigres, y lobos carniceros se convirtieron repentinamente en inocentes corderos y mansas ovejas ¡Oh poder incomprendible de la sacrosanta religion!

Aturdido Gil Blas con estas originalidades del carácter asturiano, no acababa de fijarse en su calificacion. Unas veces le admiraba y elogiaba, y otras suspendia su juicio sobre lo que real y efectivamente podian ser, por lo cual determinó permanecer entre ellos algun tiempo para no equivocarse. El se habia propuesto en sus viajes sacar todo el fruto posible del mundo que iba á recorrer, y le parecia que el medio mas seguro de conseguirlo, era observar todo muy atentamente, y meditar muchas horas sobre lo que se le fuese presentando. Efectivamente iba consiguiendo por este medio ilustrar su entendimiento, y rectificar las ideas, que la mayor parte de los hombres tienen como trastornadas en su imaginacion.

Habiendo resuelto hacer otra visita al señor Florez Estrada, se propuso saber de él cual

podria ser el resultado del temerario arrojo asturiano en la declaracion de guerra al emperador de los franceses y rey de Italia, terror y asombro de todas las naciones europeas. Tuviron efectivamente entre los dos una sesion sobre este punto, y habiéndole preguntado Gil Blas si era cierto, como le habian asegurado, que él era el autor de la proclama declaratoria de esta guerra atroz y sanguinaria, le respondió que así era la verdad: que vista la infame traicion del emperador, que se habia apoderado de toda la familia real, para usurpar la corona de España, la cual le habia sido aliada y amiga hasta entonces, no podia tener esto otro remedio, que el de una *revolucion*: que el indomable carácter español no podia tolerar una afrenta semejante, por lo cual harian la guerra mas horrorosa, no solamente los hombres, sino tambien las mujeres, los niños, los viejos y todos los habitantes de la España, de forma, que los ejércitos franceses solo dominarian el terreno que ocupasen, pero nada mas: que para conseguir estos la conquista de toda la nacion, era indispensable ocupar militarmente la España entera, y que esto era un imposible: que aunque se hiciesen dueños de una provincia, esta se volveria á sublevar en el momento que ellos emprendiesen la conquista de otra:

que generalizada la revolucion, el triunfo era seguro, porque el pueblo que queria ser libre, lo era con solo quererlo ser, segun el dicho del mismo emperador de los franceses: que ademas teniamos en nuestro favor y ayuda esa terrible Inglaterra, cuyo esterminio se proponia Napoleon con la conquista de la España, y que esa nacion marítima, nos auxiliaria defendiendo y resguardando nuestras costas, pues era su poder tan formidable en la mar, como el de Napoleon en la tierra: que esta nacion nos daria armas y municiones cuantas fuesen necesarias para hacer la guerra al tirano de la Europa, y ademas todo el dinero que necesitásemos, pues ya habia introducido por Gijon treinta millones de reales, los veinte para sostener la sublevacion asturiana, y los diez para insurreccionar la provincia de Leon: que esta provincia ya la habia insurreccionado el canónigo don Ramon de Ponte antes que hubiese la menor noticia de los treinta millones, y que todas las provincias del reino habian seguido el mismo impulso contra el usurpador: que ademas de lo dicho, se hallaba precisada la Inglaterra á auxiliarnos tambien con sus ejércitos en la península, para conservar el Portugal que consideraba como una colonia suya: que si el emperador conseguia hacerse dueño de todo el territorio de la

parte de acá del Pirineo, completaba su sistema continental, no permitiendo el comercio inglés en ningún punto de Europa, lo cual era casi lo bastante para aniquilar el poder de la Gran-Bretaña: que este incomparable conquistador habia resuelto además, para acabar con esta su enemiga nacion, hacer allí un desembarco de cincuenta, á sesenta mil hombres por medio de unas lanchas cañoneras que habia mandado construir al efecto, y que si se hacia dueño de la Península, era este su proyecto favorito para emprenderlo inmediatamente: que ninguna potencia europea le podia estorbar la ejecucion de esta atrevida empresa, habiéndose puesto ya de acuerdo con el emperador de la Rusia para la conquista de la Península, y que no seria difícil á la perspicacia del sábio gabinete inglés deshacer esta alianza de los dos emperadores, con lo cual podia muy bien suceder que antes que Napoleon acabase con los ingleses, acabasen estos con él. Por todo lo cual, aunque algunos calificaban de temeraria su declaracion de guerra á la Francia, él veia las cosas de otra manera, por cuya razon habia dado su proclama clara, esplicita, determinada, sin rodeos ni tergiversaciones como otras varias que se habian publicado en otras provincias.

Aturdido Gil Blas con el caracter nervioso

de este señor don Alvaro, hijo de de los montes y peñascos que circundan la Pola de Somiedo, no se atrevió por entonces á hacerle algunas observaciones, y reservándolas para otra entrevista, se despidió de el, y se dirigió á su alojamiento.

CAPÍTULO IV.

Razonan el señor Florez Estrada y Gil Blas, sobre las consecuencias de la guerra de la independencia, y sobre sus ventajas ó pérdidas.—Comparacion del gobierno representativo con el monárquico entre los romanos.—Visita Gil Blas el pueyto de Gijon y la villa de Avilés.—Emprende despues su salida de Asturias para Santander.

Al siguiente dia determinó Gil Blas hacer otra visita al señor Florez Estrada con la idea de ponerle algunas objeciones sobre la sesion anterior. En efecto lo verificó así, y cuando se halló en su presencia, se esplicó con el de esta manera:—He meditado, señor, algunas horas sobre las razones que le impulsaron á declararse el primero tan abiertamente contra el invencible poder del emperador de los franceses. Digo el primero, porque de la manera que Vd. lo hizo, ninguno lo habia hecho hasta entonces, y por tanto lo considero como el mas temerario arrojó que ningun sensato español se atrevió á cometer en aquellas circunstancias. Dígame señor: Si Vd. y los demas que le siguieron

despues se hubieran estado quietos y pacíficos, atendiendo á sus negocios, y esperando ver venir la suerte que estaba predénstada para la España, segun el incalculable curso de los sucesos, ¿no es una verdad que hubieramos evitado la mas desoladora guerra que puede sacrificar en España una numerosísima parte de sus habitantes? Y si despues de este sacrificio de rios de sangre humana con que vamos á regar nuestro suelo pátrio, no sacamos maldita la ganancia, sino tal vez pérúdas muy considerables: ¿no es una verdad tambien que somos muy brutos en ir á buscar la muerte entre las balas, bombas y metralla sin saber por qué? Digo sin saber por qué, puesto que el objeto de esta guerra no es otro sino el de no consentir que nos mande y gobierne el emperador Napoleon, sino Fernando VII, y no podemos saber por cual de los dos seriamos mejor gobernados.

Por lo que hace el auxilio de la Inglaterra no tengo la menor duda en que esta astuta nacion nos auxiliará cuanto le sea posible, porque en ello tiene un interés mucho mayor que el nuestro, pues á no ser así, no creo yo que esta potencia se sacrifique por nadie de este mundo. Tampoco dudo que nos dará dinero para hacer la guerra, de los millones que nos tiene allá en pesos mejicanos de las cuatro fragatas que nos

apresó, y se adjetivó tan escandalosamente cuando eran nuestros amigos; pero ya sabrá resarcirlos con ventajas por la introduccion aquí de sus algodones y demas géneros de su industria. Mas yo quiero dar por supuesto que, ó bien por nosotros solos, ó bien con el auxilio de los ingleses, consigamos vencer al emperador Napoleon: en este caso pregunto, ¿habremos adelantado otra cosa que el rescate de nuestro Fernando? Y esto será si se le antoja al Emperador, porque aun cuando se halle vencido, muy bien podrá envenenarle ó asesinarle: de suerte, señor, que hasta la vida de nuestro rey exponemos con quinientas ó seiscientas mil vidas que ha de costar esta guerra bárbara y atroz.

—¿Y no considera Vd. en nada nuestra independencia, repuso el señor don Alvaro?—Nuestra independencia, ó por mejor decir, replicó Gil Blas, nuestra dependencia se queda como estaba. Españoles somos, y españoles seremos en uno y otro caso. Yo no veo otra diferencia que la de depender de Fernando, ó depender del emperador, y yo no me atreveré á decir si tal vez ganariamos mas en la dependencia de este último que jamás podria impedirnos de ser españoles. Yo no veo aquí sino un cambio de dinastía, y de estos cambios hemos tenido

ya bastantes. Sin apelar á romanos, cartagineses, godos ni sarracenos, en ese tiempo de los reyes católicos teníamos nuestra dinastía. Posteriormente hemos tenido otra en los príncipes austriacos: despues hemos cambiado esta dinastía por los príncipes de la casa de Borbon, pero siempre con unos y con otros hemos quedado españoles. Y en verdad que esta última dinastía nos han costado bien cara en las guerras de sucesion.

—Señor don Alvaro, yo soy muy jóven aun para hablar con Vd. sobre esta materia, y otras muchas, que no las puedo concebir como los demás, y por lo mismo procuro viajar para ilustrarme tratando con hombres de mundo y experiencia como Vd.

Dígame señor: si este Fernando cuya vida nos va á costar medio millon de vidas, no nos corresponde despues, como debe, á un sacrificio tan costoso, ¿no es una verdad que nos llevamos un gran chasco?—Oh! contestó el señor don Alvaro; no es un imposible, y por lo tanto ya estan tomadas las medidas para atarle de pies y manos, de forma que nada podrá hacer sino lo que le manden.—Pero señor, repuso Gil Blas, ¿cómo se pueden atar las manos y los pies á un rey que es el que puede atar los de todos? Muy fácilmente, respondió el señor Flo-

rez Estrada. Ya está formada la Constitucion que tendrá que jurar cuando venga, y por ella nada podrá hacer sino ejecutar lo que se le ordene.—Y quién se lo ha de ordenar?—El pueblo soberano —Pero señor, ¿en qué edificio ha de caber todo el pueblo español?—No es menester que todo el pueblo venga á mandar. Bastará que nombre cuatrocientos ó quinientos del mismo pueblo que manden en nombre suyo.—Ah! Ya lo entiendo: es decir, que si antes el pueblo habia determinado, que solo el rey mandase en su nombre, ahora quiere que sean cuatrocientos ó quinientos los que manden á un tiempo.—Y dígame, señor, ¿Será mucho mejor gobierno aquel donde son tantos á mandar, que el otro donde no hay sino una sola cabeza principal á la cual todos deben obedecer?—Delicada pregunta es esa, amigo mio: de todo han tenido los hombres y de todo han abusado. Por eso le queda al pueblo soberano el gran remedio de la revolucion.—El pueblo soberano! Yo no puedo comprender bastante bien esta soberanía, y quisiera que Vd. tuviese la bondad de explicármela. Dígame señor: Si el pueblo es el soberano, ¿quiénes son los súbditos?

No ocurriéndole al señor Florez Estrada una respuesta categórica á esta pregunta, dió otro giro á la sesion y dijo á Gil Blas:—Supongo

que Vd. habrá estudiado la historia de Roma. --Si señor, contestó este. En la universidad de Salamanca se nos manda leer y conocer esta historia— Pues bien, en ella habrá visto Vd. los excesos y tropelias que han cometido los siete primeros reyes que tuvo Roma. Y dígame Vd. también ahora: si el pueblo no hubiese mudado entonces por una revolucion la monarquía en una república, ¿no continuarían los reyes abusando del poder?—Y los jefes de aquella república, contestó Gil Blas, ¿no abusaron también? ¿No encarcelaron y dieron muerte á muchos del pueblo solo por deudas? ¿Cómo trataron aquel pueblo soberano cuando le obligaron por sus excesos en el poder á su famosa retirada al monte sagrado? Pues otro tanto no lo hicieron durante el poder del gobierno monárquico.

En este caso siempre le queda al pueblo el remedio seguro y eficaz que es el de otra revolucion. Cuando no prueba bien la república, se apela á otra forma de gobierno diferente entre tantas formas como se han probado ya en la Grecia, y en otras naciones del Asia, y entre los egipcios en el Africa.—Triste remedio, señor, es el que le queda al pueblo con la revolucion, porque en ella forzosamente se há de sacrificar á sí mismo, y sí después de este sa-

crificio queda tal vez en peor estado, como sucedió al pueblo romano, en verdad que el remedio podrá ser peor que la enfermedad. Yo quisiera que los hombres sábios y filósofos inventasen otro remedio mas barato, porque la sangre del pueblo no tiene precio. No quiso Gil Blas alargar mas esta sesion, y partió para su alojamiento.

Continuó sin embargo su trato con el señor Florez Estrada, y admiró en él una nobleza de alma poco comun. Era naturalmente desprendido, generoso, liberal y un verdadero amigo del pueblo, pero demasadamente determinado á sacrificar una parte de este mismo pueblo por medio de una revolucion en beneficio suyo. Esto no le podia aprobar Gil Blas en su interior, porque apreciaba en el mas alto grado la sangre de sus semejantes, pareciéndole que la vida del hombre es preferible á todo cuanto hay en este mundo de miserias.

Como la capital del principado de Asturias es un pueblo verdaderamente agradable por su salubridad, abundancia y baratura de alimentos, determinó Gil Blas permanecer allí por algun tiempo, con el ánimo también de pasar á Gijon y Avilés distante el primero cuatro, y el segundo cinco léguas de aquella ciudad. A muy pocos dias emprendió su viaje á la villa y puerto

de Gijón, patria del sábio don Melchor Gaspar de Jovellanos, distinguido asturiano y señalado español, tal vez mas apreciado de las naciones extranjeras que de la suya propia, por sus singulares virtudes, y por la universalidad de sus conocimientos. Allí vió Gil Blas echados los cimientos del famoso Instituto asturiano que habia de ser con el tiempo el plantel de ciencias y artes, honra y gloria, no solamente de aquella provincia, sino de toda España, si las vicisitudes de los sucesos humanos le hubieran permitido llevar á su debido fin este pensamiento tan grandioso. Observó sin embargo, que en el piso bajo de aquel edificio (que no le fue posible levantarlo mas) habia cátedras y maestros donde se enseñaban las primeras letras, las matemáticas, la náutica, la geografía, el dibujo, lenguas y otras varias ciencias entre las demas que el génio de aquel sábio se habia propuesto radicar allí, pues era su intencion plantear en aquel edificio una enseñanza casi universal.

Como unos ocho dias se detuvo Gil Blas en aquel pueblo mercantil, y le agradó sobremana el carácter de sus habitantes por la franqueza de su trato y por su notable afabilidad, adquirida tal vez por el roce con los extranjeros que frecuentaban aquel puerto. Casi todos sus habitantes eran decididamente liberales, no

solamente en sus opiniones políticas, sino tambien en el trato social. Conversaba con ellos Gil Blas en el paseo de aquel suntuoso muelle, pero en cuya bahía se quedan los buques en seco, por cuya razon no entran en ella los grandes buques. Tambien pensaba en suplir esta falta el sapientísimo Jovellanos, construyendo otro muelle en una grande arsenada que hay al frente de aquel puerto, pero este y otros grandes proyectos en beneficio público se los cortó la emulacion, la envidia y la ignorancia, derribándole ignominiosamente del alto puesto, desde el cual habia de hacer muy señalados servicios á su nacion: deplorable fatalidad del espíritu humano, que nos demuestra á cada paso cuantos peligros rodean al hombre sábio y benéfico.

—A las cuatro leguas de Gijón se halla la villa de Avilés para donde partió Gil Blas con la idea de observar la patria del adelantado de la Florida Pedro Menendez de Aviles, y del famoso piloto Antonio Florez. Le agradó sobremana la posicion topográfica de esta villa situada en una llanura, y rodeada de una ria, que la divide en dos brazos, separándola del puerto de Sabugo. Admiró la idea de estas dos poblaciones, cuyos fundadores se propusieron que sus habitantes pudiesen recorrer todas las calles sin

sol y sin agua, edificando todas las casas con sus correspondientes soportales. La plaza de aquella villa le pareció superior á la de la capital del principado, como sin duda lo es, pero el carácter de aquellos moradores, ya no le halló igual á los del puerto de Gijón, á pesar de la corta distancia entre unos y otros. Estas notables diferencias en la especie humana ocupaban su imaginación por largo tiempo, porque se habia propuesto observarlo todo detenidamente, á fin de indagar, si le era posible, el origen y la causa primordial de las discordias humanas, y de la infelicidad de los hombres. En lo poco que habia recorrido habia notado ya bastantes delirios, extravagancias y locuras, pero no podia fijarse aun en la causa primordial de este desorden en la sociedad. Esperaba por lo mismo recorrer otras provincias y ver mas mundo, para observar y comparar, á cuyo fin resolvió regresar á la villa de Oviedo, y emprender desde allí su viaje á la provincia de Santander, como así lo verificó.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sale de Asturias Gil Blas, y se dirige á Santander por Colombres y Santillana.—Huye Gil Blas de Santander y cae prisionero por las tropas francesas.—Mejora de suerte en su prision, destinándole á servir á un sobrino de un coronel francés.—Lectura del Quijote de Cervantes.—Idea de otro semejante Quijote.—Lance extraordinario con el sobrino del coronel.

Emprendió su salida Gil Blas por la marina dirigiéndose á Villaviciosa, Colunga, Rivadesella y Colombres, término final de la provincia de Asturias, y principio de la de Santander. Coronaba el elevado punto de Colombres una muchedumbre de tropa, compuesta de milita-